

Conversamos con Antonio Barrutia

Alicia Casullo: Antonio, en esta serie de entrevistas nos interesa conocer a la persona que está detrás del psicoanalista; cómo se fue desarrollando tu vocación analítica, la importancia que tiene en tu vida, con qué otros “amores” compartís esta profesión... Bueno, más claramente es preguntarte cómo participan el psicoanálisis y la política en tu vida.

Antonio Barrutia: Tuve siempre múltiples intereses pero la política fue mi motor y mi mayor interés, junto al conocimiento. Nada de lo humano era ajeno a mi interés. ¿Y qué política? Una política con distintos matices, una mezcla de política social, cultural y de política “política”. Tuve siempre una sensación de responsabilidad individual, un compromiso como persona, más allá del ciudadano. Concibo mi inserción en el medio social y mi vínculo con los otros como una relación política. Pero, a pesar de este gran compromiso afectivo y humano por lo social, por lo compartido y por el ser humano particular, siempre sentí una fuerza muy profunda que me lleva a defender mi idea hasta la última instancia, esto me produce una sensación de honda libertad individual. Estuve en muchos lugares, con alto compromiso personal en cada situación, pero nunca subordiné, ni siquiera parcialmente, una idea personal a una situación general. Esta actitud no me llevó ni a obstruir, ni a transigir.

Soy básicamente dialoguista, y desde muy chico. Me elegían cuando se planteaba la necesidad del diálogo. Pero también fui muy individualista. Mantuve mi propia individualidad en todo movimiento político, social o humano en el que participara. Y por supuesto también en el psicoanálisis. Creo que esta individualidad la adquirí en y con la historia de mi familia y en las casas de ambos abuelos, paternos y maternos. Aunque también pienso que fueron intereses espontáneos. Siempre valoré y respeté mi espontaneidad. Por ejemplo, siempre fui reformista militante, sin embargo, nunca acepté, y lo explicité, uno de los postulados básicos de la Reforma: Centro único y de afiliación obligatoria para los estudiantes y profesores, que es diferente a padrón único y voto universal como es ahora, gracias a nuestra prédica. Para los graduados siempre tuve la idea de afiliación activa por decisión personal y la pérdida de su condición de inscripto después de dos elecciones consecutivas sin votar. Es

más compatible con nuestra idea de Universidad diferenciar el grado de pertenencia de los graduados –no todos tienen la misma cercanía y compromiso que estudiantes y profesores. Yo tuve una participación activa en el Departamento de Graduados de Medicina y fui elegido por el Claustro como representante en el Consejo Superior de la UBA. Tuve el cargo hasta hace poco.

Mi padre también había sido reformista y militante. En algún sentido he tenido una historia parecida a la suya; ambos hemos estado detenidos y suspendidos. Él estuvo preso solo unos días y suspendido seis meses. Yo estuve detenido cuatro meses y suspendido un año. Diría que más que suspendido, me habían sacado de circulación porque no tomaron ninguna medida, simplemente sacaron mi legajo de la Facultad y lo llevaron al Ministerio de Educación, desde donde se manejaba todo.

Me detuvieron y me pusieron preso el 20 octubre de 1954, estábamos tirando unos volantes por debajo de las puertas sin molestar. Tampoco íbamos escondidos; sabíamos que hacíamos una actividad prohibida o transgresora pero no era clandestina. Mientras Carlos Corach, todavía del secundario, pintaba la ochava de Sarmiento y Esperanza (hoy Mario Bravo) vimos un policía y salimos corriendo. Como Beveraggi y yo éramos provincianos no conocíamos la seccional de esa zona, vimos que algunos doblaban pero con él seguimos corriendo en la misma dirección y al pasar por el galpón de la novena nos detienen. Nos cargaban mientras iniciaban el sumario: “Después no digan que los fuimos a buscar”.

Muchos estuvimos presos en esa época. Nosotros quedamos detenidos ahí, en la seccional novena, después nos trasladaron a Moreno 1550, con los punguistas, de los que guardo un buen recuerdo. Todos estábamos detenidos por alguna contravención que no necesitaba juicio. El contraventor no tenía derecho a abogado. Sólo le ponían algún título de los que tenían ahí. A mí me pusieron por alteración del orden público y escándalo.

Después me trasladan a la Cárcel de Devoto, al principio me ponen en una celda muy chiquita en la zona de los presos políticos. Como fue aumentando el número de estudiantes presos nos pasaron al cuadro quinto de Devoto. Llegamos a ser ciento y pico, todos estudiantes. Estaban casi todas las comisiones directivas de los centros de estudiantes: reformistas y humanistas. No querían mezclarnos con otro tipo de presos. Cuando mezclan presos políticos y presos comunes se fortalecen ambos con las enseñanzas respectivas.

Poco después, por otra de las cosas extrañas de Perón, repatrió a un grupo de guatemaltecos, todos los que se habían exiliado en la Embajada Argentina en Guatemala.

Alicia Casullo: ¿Fue con el derrocamiento de Árbenz? La primera invasión estadounidense a un país latinoamericano.

Antonio Barrutia: Sí. Creo que había nacionalizado una cantidad de hectáreas de la *United Fruit Company* y la CIA respondió con la invasión. Pero Perón trae a los que se habían exiliado en la Embajada con bombos y platillos. Mandó un avión. Eran casi todos dirigentes, algunos políticos y la mayoría sindicales. Los dividió en militantes de centro derecha y de izquierda. A los primeros los llevó a trabajar con él, ubicándolos en distintos lugares de la militancia y del gobierno. Y a los de izquierda los mandó presos con nosotros. Casi todos eran militantes humildes, sólo había un abogado sindicalista. Así llegamos a ser 180 presos en un cuadro donde había 80 camas, teníamos colchones en el suelo, un recreo de una hora y media, solo dos veces por semana en un lugar muy chico donde había una cancha de fútbol chica y una cancha de básquet, no había lugar para que jugáramos todos, teníamos que rotarnos.

En ese entonces no había tantos presos con formación en Cuba para la lucha armada, como hubo después en tiempos de la Universidad guerrillera. Yo tuve algún compañero de ese tipo, pero son sobre todo los más jóvenes los que respondieron a ese perfil.

Después de cuatro meses de cárcel nos pusieron en la celda chiquitita de un celular a Enrique Beveraggi y a mí juntos. Nos pasearon por todas las comisarías de Buenos Aires, porque de Moreno 1550 iban llevando y trayendo presos. El pasillo del celular iba lleno de prostitutas muy divertidas por la presencia nuestra. Nunca nos dijeron a dónde nos llevaban, sólo informaron que nos iban a trasladar y nos soltaron en Moreno 1550.

Alicia Casullo: ¿Cómo recordás esta experiencia? Se te escucha todavía con dolor.

Antonio Barrutia: Para mí fue una de las buenas experiencias de mi vida. Seguramente fue una crisis muy importante no del todo resuelta, no del todo manifiesta, ni explícita. Guardo todavía gran parte de muchos amigos muy íntimos que hice ahí, algunos ya los había conocido antes. Son mis amigos más íntimos, Carlos Canitrot, Horacio Encabo, Alberto Gellon. También ahí lo conocí a Adolfo C., el hermano de Carlos, que ya estaba preso; pero mi compañero era Carlos, el sanitarista, quien murió ya hace bastante. Fue el que

empezó en Argentina con la medicina sanitaria, el que hizo el plan único de salud del tiempo de Oñativia. Después se lo hizo al Dr. Liotta, ministro de Salud de Cámpora, y también a Alfonsín. Venía del socialismo y terminó siendo alfonsinista. Este sistema único de salud nunca se puso en práctica.

Para mí la cárcel fue una escuela de vida. Y además no sé hasta qué punto me motivó a intensificar esa actitud individualista y militante que traigo de casa.

Me cuesta creer que la cárcel fuera lo que decían quienes en ese entonces no pelearon, y que siempre desmerecían nuestra cárcel. Es cierto que las que vinieron después fueron totalmente perversas en el sentido más absurdo. En cambio ésta era una mala cárcel y bastante perversa pero no era inhumana, no nos trataron nunca muy mal, ni nos pegaron. Lo único que me pasó fue que, al detenerme, me rompieron una uña, y simplemente porque quise zafar, no la quisieran romper. A algunos amigos míos sí, al gordo Bugatto le rompieron la cabeza, pero... como él tenía muchísima fuerza, al defenderse tiró a los policías, y ahí le rompen la cabeza..., a otro, de Ingeniería, Lerner, le aplastaron la cara contra la pared. Pero en general no hubo violencia física.

Pero volviendo a la individualidad de la que hablé, la he mamado, tal vez la recibí más de mi padre; pero también por esa conjunción extraña que había entre universos diferentes y unidos como era el de mi padre y el de mi madre.

Mi padre era hijo de inmigrantes vascos y mi madre era de una familia criolla, catamarqueña, la rama Ramírez/Ferro. Creo que por el lado de los Ramírez debo tener indios en la familia. Más, hay tíos que fueron a pelear por Catamarca en las luchas civiles. El abuelo Ramírez después de intervenir en esas luchas se quedó como capataz del campo del padre de Rafael Obligado. El padrino de mi abuelo Ferro era Giuseppe Garibaldi que estando en América del Sur lideró parte de las luchas por la independencia, por lo menos capitaneaba la flota que se oponía a Juan Manuel de Rosas. Después regresa a Italia y logra su unificación. También mi madre era prima del Contralmirante Vernengo Lima, el que se hizo famoso por contestarle a una señora del público, en los alborotados días del '45 y en respuestas a promesas no cumplidas de Perón, "Señora, yo no soy Perón y usted no tiene derecho a dudar de mis palabras", que se convierten en el emblema del antiperonismo de la época y están en *La razón de mi vida*.

Vuelvo a los abuelos paternos. Se instalan en Ramallo donde compran un campo para trabajarlo. Vienen de Motrico, el último pueblito de Guipúzcoa antes de llegar a Vizcaya. Lo he visitado. Mi abuela Zabala era de Vitoria, una ciudad al lado de Motrico.

Estos abuelos Barrutia Zabala vienen, siendo novios, con un hermano de mi abuela, un Zabala, íntimo amigo del abuelo. Se vienen los tres. Hubo siempre como una historia que tiene una parte de verdad pero no sé si es el motivo del viaje. Parece que no había lugar para él, que no se sentía bien tratado en su familia porque su padre había enviudado y vuelto a casar. Lo que sí averiguó el mayor de mis tíos, Agustín, es que mi abuela debe haber venido embarazada porque él nació a los siete meses, y no parece haber sido setemesino. Que me disculpe mi abuela que sepamos esta historia. A mí no me molesta, al contrario, me gusta... Lo cierto es que tienen muchos hijos, todos nacen en Ramallo, mi padre es uno de los del medio. Eran nueve hermanos, pero habían muerto otros. Tengo la libreta de casamiento y hay dos o tres que mueren a los siete días, supongo que por tétano del cordón umbilical.

Mi padre hasta los 10 años no fue al colegio. Mi tío Agustín –que era diez años mayor– no había ido. Nunca quiso estudiar y le prometió al padre que él iba a aprender solo tanto o más de lo que le enseñarían en el colegio. Este tío Agustín fue un personaje, trabajó, tuvo éxito relativo, fue productor de un campo chico y es el que le paga a mi padre la carrera. Pero un gran lector, quizá después de mi padre, el más lector y más culto de la familia.

Mi padre hace la carrera de Medicina tal vez por esas circunstancias de la vida que hicieron que la política radical de ese momento abriera la Universidad de Rosario. De no darse eso, creo que no hubiera podido estudiar, era una familia modesta.

Tenía ideas anarquistas y socialistas. Estudió en la década del '20. Participaba del ideario de la Reforma de 1918 y frente a la contrarreforma de Alvear empiezan las huelgas de estudiantes. Se une a la protesta y a partir de allí es que lo suspenden y lo ponen preso. Desde ese momento se distancia para siempre de los compañeros que no apoyaban al movimiento reformista. Me acuerdo de uno porque fue un político que se destacó. Era Silvestre Begni, que fue gobernador de la provincia de Santa Fe, un médico conocido en Rosario. En ese momento mi padre estaba en el radicalismo, cerca de Frondizi, aunque aun no estaban tan divididas las aguas. Begni quiso ir a conversar con él, pero mi padre no lo quiso recibir. Tenía una actitud muy firme, tal vez anárquica, por la que le hicieron varios juicios por desacato en la época del peronismo.

Creó el hospital de Canals, donde se había instalado como médico de pueblo, aun de novio con la que sería luego nuestra madre, ahí nacemos y nos criamos los cuatro, incluso María Victoria, 21 años menor que yo. Mi padre se convirtió en una especie de mito del pueblo, era el que más trabajaba, el

que tenía mejor formación, el que atendía gratis a los pobres, incluso en su consultorio.

El modelo de hospital que planifica estaba de moda en esa época. Bien típico de la “pampa gringa” y de lo que era la Argentina en ese momento. Debía ser superior a cualquier sanatorio, el hospital debía ser el que ofreciera la mejor medicina. Y así fue hasta que murió mi padre. En realidad hasta ese momento funcionó como el mejor hospital de la zona, mejor que el de Venado Tuerto, incluso que el de Río Cuarto, las dos ciudades grandes cercanas a Canals: la primera a 90 km, Río Cuarto a 200 km.

Alicia Casullo: ¿Cuándo dejás Canals? ¿Había secundario o tenés que dejar el pueblo?

Antonio Barrutia: Mi hermana mayor y yo hicimos solo la escuela primaria ahí porque no había secundaria. Pero cuando los menores terminan la primaria el secundario ya se había creado. Canals era un pueblo de 5000 habitantes. Tenía dos escuelas primarias, la provincial y la nacional. Yo fui a la provincial que era la mejor en ese momento. Estoy muy agradecido a mi educación. Córdoba y Santa Fe eran dos provincias más progresistas que la Capital y que la provincia de Buenos Aires, que tenían una política más compleja por la fuerza de los partidos conservadores.

Cuando tengo que ir al secundario el más cercano era el de Venado Tuerto, pero a mí no me gustaba. A mí me gustaba venir a Buenos Aires... Había venido siendo muy chico con mi madre, tengo un recuerdo muy poco claro. Me acordaba que había escuchado cantar una canción que después supe quién la cantaba, pero en ese momento hinchaba cantando “la una que se quiembra po a soledad” y nadie entendía, hasta que siendo más grande escuché una grabación de Tito Lusiardo “luna que se quiebra bajo las tinieblas de mi soledad” y ahí me compraron el disco. Creo que a partir de una cierta edad tuve la sensación de que iba a estudiar en Buenos Aires. Cuando vine con mi madre vimos un desfile militar porque le entregaban el uniforme a un primo en el Colegio Militar. Primo segundo pero muy cercano afectivamente. Y se ve que algo me atrajo: Buenos Aire, el desfile, el uniforme militar... porque en el '48 cuando tengo que entrar en el secundario, elijo el Liceo Militar. Tenía muy buen prestigio educacional, pensá que eran profesores de ahí: Francisco Romero, José Luis Romero...

A los veinte días de entrar ya me quería ir. Se lo escribí a mi padre y me contestó: “Fuiste en contra de mi voluntad, te dije todos los inconvenientes

que yo le veía y por qué a mí no me gustaba la educación en un Liceo Militar, pero vos elegiste. En la mitad del año no vas a dejar. Aprobalo y después continuás estudiando donde quieras”. Creo que sufrí más en el Liceo Militar que en la cárcel. Y fue más cárcel el Liceo militar que la cárcel misma. Sin embargo lo recuerdo con interés y cariño por el mundo que me abrió.

Ese primer año del Liceo fui para Semana Santa a San Nicolás y me gustó la vida que hacía mi hermana. Ella es un año mayor pero siempre fuimos al mismo grado, y me entusiasmó ese tipo de vida. Y así fue. Terminé el primer año en el Liceo y pedí el pase al secundario de San Nicolás.

Pero casi pierdo un año porque los institutos militares son enemigos de dar el pase a los que lo piden. Me salvó el teniente primero Day, después Coronel y General Day, que se ocupó de tramitarlo. Era aramburista, otro dato por el que lo recuerdo. Siempre me llevé bien con los aramburistas... y a Aramburu le tuve mucho cariño. Y una de las pocas veces que no voté al radicalismo lo hice por Aramburu y no sé si me equivoqué. Voté por Aramburu no porque me gustara más que Illia, sino porque me parecía más clara su posición y la salida que se buscaba. Yo tenía la impresión de que si se elegía a Aramburu iba a ser el último presidente militar de la Argentina, que él iba a inaugurar un ciclo, como Perón inauguró el suyo cuando lo eligieron con voto.

Alicia Casullo: ¿Pensabas que si era presidente constitucional iba a suprimir la proscripción del peronismo? No tomó esa decisión durante su gobierno de facto... ¿Imaginabas que desde el gobierno constitucional de un militar se podía llegar, casi diez años antes y sin tanto sufrimiento de país a una salida democrática? Nunca se me ocurrió pensarlo así. Desde ya yo voto a Illia en esa elección.

Antonio Barrutia: Sigo pensando que la posición de Aramburu era más clara y más progresista. Estaba clara su idea de salida constitucional y tenía un plan muy concreto de política agraria. Y por eso lo mataron como a todos los líderes de la época que buscan la convergencia de fuerzas presuntamente antagónicas, tipo Kennedy, Luther King.

En ese entonces Sandler, el brazo derecho de Aramburu, era un hombre al que todo el mundo le tenía desconfianza porque no se había presentado a pelear en la Libertadora, que fue un golpe cívico militar. Es el único golpe de estado en el que me metí a jugar a los soldaditos y eso que mi padre me había enseñado que para revoluciones “ni la de mayo”. Y digo cívico porque lo comenzaron y organizaron los civiles.

Es en ese momento que salíamos de la cárcel. La FUBA era anti golpista y siguió siendo anti golpista como posición, porque no podíamos poner a la Federación Universitaria en un golpe de estado... pero, individualmente, la mitad de los dirigentes estudiantiles de la FUBA estábamos en el golpe. Creo que los dirigentes de la FUBA estábamos en el golpe antes que los militares; el golpe de 1955 no fue un golpe militar, fue un golpe donde la mayoría del ejército estaba con Perón, la marina estaba dividida, y la aeronáutica se le puso en contra. Pero había un fuerte grupo liberal que lo promovía. La infantería de marina era la más fuerte y allí estaba el capitán Green, que después supimos que era nada menos que el suegro de Onganía, ¿te acordás que estaba casado con una Green? Yo me acuerdo que la consigna que tuvimos el 16 de junio para ir a tomar la radio Belgrano era Monte King Green y no sabíamos por qué. Era por el Capitán Green, que nos dirigía a nosotros.

También estaba ahí otra persona que he conocido mucho y que apreció mucho, que creó el PAMI. La hermana estaba casada con un psicoanalista que también quise mucho. ¿Vos te acordas del psicoanalista Fernando Guiard que se analizaba con David Liberman y que había desarrollado una forma muy inteligente de conocer la idea de David? David Liberman fue otra de las personas que influyó mucho en mi vida como psicoanalista, quizá uno de los más influyentes.

Me integro mucho y bien, no me instalo, era demasiado canalense, tal vez más porteño... Hoy todavía Canals es uno de mis territorios mentales. Sin embargo San Nicolás enriqueció mi formación e identidad. Ya después vengo a estudiar Medicina a Buenos Aires. Ahí sí me instalé. Al principio vivía en una pensión en el centro. Después me mudo al conventillo de la calle Libertador, en el sector tercer piso "Distinguido".

Alicia Casullo: ¿Al de Libertador al 1000, donde funcionó el primer café concert? Creo que se llamaba La Recova. ¡Qué maravilla!, cambia el tipo de humor, hacen un humor más intelectual. Recuerdo la representación de *Help Valentino* con Antonio Gasalla, Carlos Percivalle, Edda Díaz y Nora Blay. Eran los primeros años de los '60. Era un sucucho al que se llegaba por una escalera que daba vueltas, chiquito, uno estaba prácticamente metido entre los actores, que tomaban el pelo, hacían participar al público... Me acuerdo que los cuatro acababan de terminar el Conservatorio. Si no me equivoco Antonio Berni había intervenido en la escenografía. La década del '60 fue una maravilla: La botica del ángel, El pollo erótico, El gallo cojo...

Antonio Barrutia: ¡Y cuántos otros! 674, de Astor Piazzola, (A.C. donde tocaba el mono Villegas). Sí, también La Alcantarilla, La Escalerita, La Cortada... Yo de "Help Valentino" te puedo contar toda la historia porque la conocí antes de que la dieran. La había traído Lucrecia Castagnino, una persona que se dedicaba mucho a la cultura y al arte. Curiosamente era de los Castagnino del museo Castagnino de Rosario donde conocí la pintura moderna. En el secundario, cuando conseguíamos hacer algún paseo con la escuela, íbamos a Rosario y uno de los pasajes obligados era el Museo Castagnino. Teníamos un profesor de dibujo Hugo Otman, rosarino, que era un buen pintor, exponía en *Ver y estimar*. A mí me abrió la cabeza para el arte abstracto. Recuerdo que un día me destruyó por una crítica exagerada que hice a un cuadro de Del Prete.

Siempre he amado al teatro, por eso admiré mucho a Tato Pavlovsky. Él hizo un tipo de vida que yo tenía pensado para mí, pero que nunca hice, la vida me llevó, por una cosa o por otra, a dejar el teatro. Cuando llegué a Buenos Aires me fui a anotar al Nuevo Teatro que dirigían Pedro Asquini y Alejandra Boero y donde actuaban los mejores actores: Alterio, Lopardo, Jorge Rivera López, Sergio Corona.

Ya grande estudié varias veces teatro, pero dejé, no me gustaba el teatro que se estudiaba en ese momento. A mí me gustaba más el teatro de texto y en todas las escuelas actorales se llega muy tarde al teatro de texto, no me gustaba tanto trabajar corporalmente, debe ser porque siempre tuve problemas para aceptar mi cuerpo. Yo venía más de lo recitado, recitaba en todas las fiestas patrias de mi pueblo y ¡me encantaba! Siempre he amado al teatro de todos los estilos.

Alicia Casullo: Uno de los que conozco como amores tuyos es Shakespeare.

Antonio Barrutia: Pero mi amor al teatro fue anterior al de Shakespeare. Me viene desde siempre. Mi amor a Shakespeare empieza porque mi padre lo leía, pero no fue un autor que herede de él, fue una elección personal pero más tardía. Creo que el matrimonio con Shakespeare se bendijo cuando vi una obra espectacular de Peter Brook en el teatro Odeón. Y espectacularmente bien puesta. Era *Macbeth in Camara* donde se discutía qué era lo principal en Shakespeare: si el ritmo, si las palabras como sonido, si el contenido como sustancia, si la entonación... Cada uno de los actores en su representación enfatizaba uno de estos aspectos, lo que sonaba ridículo y a veces simplemente falso. Hasta que viene un actor que junta todo como si formara un rompeca-

bezas y se logra Shakespeare en su esplendor. Fue espectacular la manera de plantear el problema del todo y las partes.

En realidad siempre estuve enamorado y atraído por la literatura en general, desde chico. *El pájaro azul*, de Maurice Maeterlinck, es uno de los textos infantiles que más recuerdo, en el que frecuentemente pensaba. Luego me di cuenta de que cada vez más pensaba en la literatura, y que las obras de teatro, leídas más que vistas por vivir en un pueblo, iban tomando mucho peso en mi vida. A pesar de vivir en un pueblo veía todo lo que llegaba a ese pueblo, generalmente sainetes. Para ir apalabraba a la persona que trabajaba en casa, no demasiado más grande que yo. También los martes y los jueves me iba al cine solo, de noche, eran los días baratos en los que iba la gente del pueblo. Para enfrentar el miedo cuando volvía a casa caminaba al lado de algún vecino, eran pocas las calles oscuras que tenía que caminar pero... En aquel momento tenía todo tipo de sentimientos intensos y de fantasías con una acompañante femenina alternante que me acompañaba como base sensitiva y afectiva en todo lo que hacía con interés o pasión. En realidad esa acompañante femenina en mi vida sigue teniendo fuerza.

Pero lleguemos a Buenos Aires donde me instalo en el '53 para entrar en la Facultad de Medicina. Buenos Aires era otro país. A fines de ese año mientras daba exámenes veo carteles que decían "Tu centro ha surgido. CUM" (Centro de Estudiantes de Medicina). En marzo del '54, al retomar la cursada, entro en el centro de estudiantes de Medicina. Ahí conocí a Encabo, a Canitrot, a Achetta, a Berveraggi, a Macagno, personajes que luego en la medicina y en la sociedad han cumplido papeles importantes. Es en octubre de ese año que me toman preso hasta el 3 febrero, día en que salí.

Me reintegro a la Facultad y al trabajo en el centro de estudiantes. Fui secretario de FUA, después de la caída de José Luis Romero como rector, que fue un disparate de los eternos izquierdistas intelectuales que pidieron sin aprobación en Asamblea la renuncia de Atilio Dell'Oro Maine, lo que arrastró a José Luis Romero. Me tocó ir en representación de la FUBA a pedirle que no renuncie. Dijo que dada la situación política, tal como él la conocía, y habiendo sido nombrado por Dell'Oro Maine no podía ni quería crearle ese problema al gobierno. José Luis Romero y Risieri Frondizi fueron dos figuras fundamentales de esa época de mi vida, más del mundo interno, con ellos mantenía, en mi intimidad, importantes diálogos.

Antes había sido elegido secretario de acción gremial del CUM, fui delegado de segundo año por asamblea, una asamblea multitudinaria que yo había presidido. Cuando no estuve de acuerdo abandoné la presidencia de la

asamblea, lo cual fue un doble error, porque la ocupó Marcelo Muntaabski que representaba ideas completamente distintas a las mías. En ese momento ni él ni yo soñábamos con ser psicoanalistas.

Termino la carrera el 20 diciembre de 1960 dando las dos materias que había dejado para recibirme con ellas: Niños y Clínica Médica; di las dos el mismo día. Para mí todas las cosas han sido accidentadas nunca sé por qué, nunca he sabido bien qué hacía yo, porque siempre he sido víctima de injusticias, a veces absurdas, pero nunca me he quedado fijado ni a la injusticia ni a pensarla como injusticia, pero tampoco pude develar bien por qué me pasaba esto. Te cuento un ejemplo. Ese día que me recibí doy primero pediatría. Me toma el Dr. Waissman, saco 10. Paso al segundo profesor. Discuto mucho con él por criterios clínicos. Yo lo había impugnado en un concurso en una propuesta de la Facultad que llamaban: "A quien tenga algo que decir". Yo escribí lo que pensaba de él. Al terminar el examen con él, y dado que Clínica Médica se daba en el Rawson, le pregunto si tengo que ir a un tercer profesor, supuestamente para desempatar. Me responde que no, que tenía 4. Me voy al Rawson a dar Clínica Médica. Estando ahí me llaman para desempatar, termino de dar Clínica Médica y llego casi cerrando la mesa, me toma otro profesor, al final terminé sacando una nota alta.

A esa altura ya me había acercado a trabajar con Carlos Mario Aslán haciendo en el Lanari medicina psicosomática. Empecé haciendo las entrevistas clínicas al paciente psicosomático siguiendo el modelo que Carlos Mario había estudiado en Rochester, Nueva York. Era el modelo más de punta en ese momento, después estaban quienes hacían medicina psicosomática siguiendo las ideas de Spurgeon English. Nosotros diferenciábamos el paciente psicosomático del mecanismo de la conversión, que es post represión. Mientras que el histérico tiene una estructura psicológicamente desarrollada, el psicosomático tiene una estructura más primaria, un pensamiento concreto. Comenzábamos por los equivalentes neurofisiológicos de la angustia, esto quiere decir que no es lo mismo una persona que ante cualquier carga de angustia hace una diarrea que una persona que hace una diarrea ante una situación específica, por ejemplo un examen, esta última tiene un significado y quizá también una fantasía específica. No así cuando funcionan los equivalentes neurofisiológicos de la angustia, que son formas de descarga. Todos tenemos alguna zona del cuerpo que usamos para descargar nuestra angustia y nuestra tensión.

En el Lanari yo fui estudiante, hice los tres meses de internado obligatorio que se exigía en esa época, después de los cuales al que iba a hacer clínica

médica le pedían que eligiera un tutor y un tema de investigación en ciencia básica. Yo empecé a hacer un trabajo sobre una idea que me dio Croxato, el anatómo-patólogo del Lanari. Fue una buena experiencia de investigación que no dio un resultado positivo de la hipótesis. El proyecto trataba de investigar por qué en ciertas insuficiencias hepáticas agudas el hígado se regeneraba –aunque el paciente hubiera estado al borde de la muerte– y no dejaba marca de tal padecimiento, y otras directamente llevaban al paciente a la muerte. Croxato tenía la teoría, cosa que creo que en parte ya se ha comprobado, que el feto tiene la cadena de los hepatocitos más chicas y dobles y él decía que en quienes se recuperaban se podían encontrar las cadenas de hepatocitos más parecidas a las de los fetos.

Eran interesantes estos trabajos porque nos conectaban con la metodología empírica, hacíamos una experiencia práctica en investigación científica. Yo aprendí mucho más de esa manera que estudiando epistemología y metodología, cosa que he hecho desde el comienzo y con pasión. Con Emilce Dio y Carlos Kaplan iniciamos a Klimovsky en el psicoanálisis, hicimos los primeros grupos cuando aun Klimovsky era totalmente anti psicoanalítico. Empezamos estudiando a Nagel.

A mí Klimovsky me cambió la cabeza tanto como me la cambió el psicoanálisis y, particularmente, el conocimiento de Popper, en especial su teoría de la falsación. Ya antes de conocer a Klimovsky, me había impactado *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Popper y también me impactó *Teoría del Conocimiento* de Johannes Hesse.

Alicia Casullo: ¿Cuándo comenzás tu formación psicoanalítica en APA?

Antonio Barrutia: Empecé a analizarme antes que muchísima gente, creo que, como todas las cosas un poco las hago por lo que he tenido y tengo de militante. Aunque no me gustan los militantes, siempre he sido un militante y siempre milité en algo, creo que eso venía de mi padre y también de mi abuela materna. No me alcanzaba simplemente la profesión por la profesión misma, menos pensar en mi éxito personal. Tuve muy en cuenta lo que a mí me gustaba, quería hacer lo que yo quería, como lo quería y con el nivel que quería, nunca quise destacarme ni más ni menos que lo que yo pensaba que era mi lugar. He renunciado a muchos puestos o a cosas que me ofrecieron por pensar que no podía hacerlo como yo pensaba que debía hacerse y que había otros que sí podían hacerlo.

Quien nos introduce en el ambiente psicoanalítico es un gran político

de mi generación de estudiante, Bernardino Horne, lo llamaban *Varón*. Con él retomo intereses que habían surgido en mi casa paterna. Mi padre me sugería lecturas, otras las hacía sacando libros de su biblioteca, que estaba en el consultorio. Ahí descubro algunas obras de Freud y también de Havelock Ellis, que leo con pasión.

Nuestro gran líder intelectual fue Carlos Canitrot, era un poco nuestro hermano mayor. Nosotros, en los años '57 o '58, habíamos organizado clases de psicoanálisis en el CUM, que funcionaba donde ahora está el Rojas, en ese momento eso era propiedad del Círculo Médico. Las daban la Negra Aberastury, Jarast, Ángel Garma, Mimi Langer, Arnaldo Rascovsky, Pichon Riviere, entre otros. Las clases, por el éxito que tuvieron, pasaron a dictarse, por pedido nuestro, en al aula de Anatomía del tercer piso de la Facultad, todos los martes y jueves. Era el decanato de Florencio Escardó.

Nunca me sentí discípulo de nadie, sí continuador de ciertas ideas de Garma, me identifico mucho con él. Es con Garma con quien empezamos a analizarnos en grupo dieciséis estudiantes de medicina; formamos los dos primeros grupos terapéuticos, donde por primera vez se hacían relatos totalmente por asociación libre de temas íntimos y de material sexual con libertad y detalle. Eran grupos mixtos, cuatro mujeres y cuatro varones. Para formarlos nos dividimos entre los que teníamos menos vínculo entre nosotros. Cuatro nos conocíamos mucho: Varón Horne y Horacio Scornik, que se conocían desde chicos, Aldo Melillo y yo que nos conocíamos desde primer año de la facultad, por supuesto fuimos a grupos distintos. En estos grupos conocí a Carlos Kaplan, desde entonces amigo íntimo.

Después de dos años de análisis de grupo con Garma, que rescataba lo más posible la similitud con el análisis individual, en oposición a los analistas que pertenecían a la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, quienes centraban el trabajo en la función vincular más que en el relato individual y la palabra como expresión del conflicto inconsciente del analizando. Al decirlo así me doy cuenta de que las dos modalidades forman parte importante del psicoanálisis actual que apunta a lo vincular y al conflicto individual como también al análisis del carácter, de lo sintomático, en el cual tuvieron tanta importancia Teodoro Reik, el analista de Garma, y Wilhelm Reich.

Bueno, retomo tu pregunta. Después de dos años de terapia de grupo con Garma, al recibirme, dejo el grupo y empiezo análisis individual con Jaime Tomás, Garma no tenía hora. Tomás era miembro titular pero no se le había otorgado la función didáctica, esto retrasó mi formación, no sé si para bien o para mal, supongo que para bien. Todo el análisis realizado con Jaime

Tomás fue un muy buen análisis para mí... Este decidir esperarlo para poder empezar el análisis didáctico me fue muy útil para privilegiar, tanto como paciente y después como analista, la importancia de la elección personal del analista. Esto me llevó a oponerme fuertemente cuando en APA, un grupo que se consideraba progresista, propuso que las elecciones de analista de formación se hicieran desde el Instituto según el perfil que hubieran construido de cada candidato. Yo siempre defendí la elección del paciente como base fundamental para un tratamiento, incluso aunque se trate del análisis didáctico. Creo que esta insistencia de que el paciente debe elegir el médico me viene de mi padre. En el hospital de Canals él puso la condición de que el paciente elegía al médico.

Nunca me pareció pertinente introducir todas las ideas reformistas universitarias en la institución psicoanalítica, algunas podían ser útiles, por ejemplo, la participación y el voto del candidato en las comisiones, la aceptación del candidato como un estamento dentro de la institución, la que aun lo debía confirmar.

Con lo que no estuve de acuerdo fue con bajar los niveles de la formación y con la automaticidad de la promoción, también valoré la importancia de los trabajos escritos aunque acepto que pertencí a una generación donde tuvimos que hacer muchos trabajos y ninguno defendido como tesis. Yo defendía el trabajo de tesis con anteproyecto aprobado por la Comisión de Enseñanza, concluido el cual se debía defender ante todos los miembros en una reunión institucional, ni abierta al público ni a los familiares. Mi lucha fundamental se centró en discutir las formas para avanzar en los distintos estamentos institucionales. Valoraba mucho la producción de conocimientos, la recertificación de los títulos y la renovación de las acreditaciones. Defendía también la idea de que el Estado tiene que supervisar y controlar el ejercicio y la práctica de los profesionales, no así las ideas ni las enseñanzas. Esto me hace acordar a una pregunta que le hicieron a Marcos Aguinis sobre qué opinaba de los ricos y famosos. El respondió: “primero pregunto cómo se hicieron ricos y después por qué son famosos, según las respuestas mi opinión puede ser muy distinta”.

En la época en la que me formé en APA, la mayoría de los profesionales eran muy kleinianos. Y yo era freudiano, fui de los pocos argentinos que nunca fui kleiniano. Tuve muchos amigos inteligentes kleinianos, por ejemplo, Nacho Maldonado que, efectivamente, era casi equivocadamente kleiniano porque lo era por Mimí Langer, que no era tan kleiniana, utilizaba muchas de las teorías de Fairbairn, cosa que le venía de Pichon Rivière. Pero jamás negué

el valor teórico y técnico de Melanie Klein en el desarrollo de la disciplina. Ni dejé de valorar a quienes fueran kleinianos. De hecho Etchegoyen fue uno de los colegas con los que mejor me he llevado y he reconocido sus muchos aportes. También Carlos Mario Aslán, que ha rescatado muchos aspectos de Melanie Klein sin renunciar a sus raíces freudogarmianas. Estudié varios años con Willy Baranger y con David Liberman quien fue no sólo mi supervisor elegido sino con quien estudié y cuyas ideas enseñé junto con Eduardo Issaharoff y Bruno Winograd. A tal punto enseñábamos sus ideas que muchas de las invitaciones que nos hicieron eran para poder luego invitarlo a David y entenderlo mejor. Escribí algún artículo con él, especialmente sobre indicadores clínicos y teóricos de final de análisis, queríamos que en lo posible estos indicadores tuvieran un punto de partida inconsciente que fuera seguido en el proceso de tratamiento, proceso que, en su práctica, tiene que ser terminable.

Hasta tal punto las discusiones con David Liberman eran libres e independientes que, sobre este tema, los tres integrantes del grupo teníamos posiciones diferentes. Yo defendía el punto de partida observable, otro el punto de partida teórico y el tercero pensaba que no era posible ni práctico discriminar si teórico o clínico porque ambos aspectos están uno con el otro.

Recuerdo un paciente de Bruno Winograd que todo lo hacía poniendo frenos, inconvenientes y dualidades y que de golpe trajo a la sesión una palabra que refería a su haberse podido manejar o deslizarse con algo parecido a una patineta o un sky, a lo que Liberman interpretó que ahora él se podía deslizarse cómodamente y con cierta facilidad por la vida y tomó este dato como indicador de comienzo del proceso de final de análisis.

Recuerdo que en ese grupo estábamos discutiendo una idea interesante y controvertible, nos referíamos a una resistencia al análisis para nosotros insalvable: los que se analizan para ser analistas. El contexto de esta discusión se daba en los años de absoluto éxito del psicoanálisis. Lamentablemente esa fue la última discusión que compartimos. Antes de empezar a trabajar sobre algún material clínico David Liberman se enfermó y ya no se recuperó. Era en 1982.

Una de mis experiencias más duras y contradictorias fue el día del velatorio de Liberman. Como dije, nunca me he sentido totalmente discípulo de alguien, ni nunca fui un seguidor pegado a ningún candidato político, aunque siempre hice política, sea universitaria, social o partidaria. Sin embargo ese día, dos personas que habían sido orientadoras y formadoras en mi vida personal y profesional me ponían ante dos sentimientos totalmente contradictorios, la alegría por el éxito de la elección de Alfonsín y la tristeza por la

pérdida de Liberman. Yo que desde la pubertad no lloraba, ni siquiera lo había hecho con la muerte de mi padre, muy querido por mí, cuando sacan de APdeBA a Liberman prorrumplí en sollozos muy profundos y extraños, al extremo que me puso el hombro quien estaba a mi lado en ese momento; tuve la suerte que ese hombro era de Asbed Aryan. Creo que en ese momento me di cuenta de qué perdía. David Liberman inspiraba a la creación intelectual pero también la promovía y la acompañaba. Él fue el primero que me ubicó en un lugar totalmente distinto del que yo me ubicaba y en el que después también me ubicaron mis otros colegas. Me creía un teórico que teorizaba sobre la técnica y que establecía puentes entre el trabajo clínico y la base teórica. Había escrito sobre el tema en algunos trabajos de seminarios y en la monografía. Sin embargo David Liberman, y también Bruno Winograd, me ubicaban como clínico. Y creo que ellos tenían razón. Cuando enseñábamos las ideas de Liberman, Eduardo Issaharoff daba la parte teórica, Bruno Winograd lo teórico técnico y yo la clínica. Creo como Ernest Jones que la técnica siempre va al final, nunca al comienzo, es un problema que surge de la experiencia. Se incorpora como resultado de la experiencia. Al principio trabajás como te enseñan y como podés, y la técnica termina siendo aquella forma de trabajo que mejor se adapta a la manera de instrumentar tu intervención. Surge de la experiencia, pero a partir de una base teórica. Cada uno termina teniendo, en algún sentido, una particular teoría de la técnica.

En mi vida como analista también tuve mucha participación política. Siempre tuve cargos de responsabilidad, pero siempre traté de no ser la cabeza, aunque encabecé muchas cosas, por empezar la reunión que terminó siendo el comienzo de la división de APA y la creación de APdeBA.

Betty Garma le pasa a Szpilka por debajo de la mesa un papelito que dice que cierre ahí la lista de oradores. Yo estaba anotado para hablar y con esa orden ni los anotados podían hablar. En alta voz dije: “no podemos votar porque somos candidatos, si además nos sacan la voz ¿para qué nos vamos a quedar? ¿Vamos a convalidar algo sin siquiera poder expresar nuestra posición?” Me levanto y abandono la asamblea. Al hacerlo me siguieron muchísimos con los que después nos reunimos en un café. Ese fue el comienzo de la división. Cuando quisieron organizarse en grupo me opuse argumentando que un grupo dentro de un grupo era una agresión para los que quedaban excluidos y sobre todo un principio de escisión. Me fui de la reunión.

Yo sufrí mucho con las divisiones. A APA le debo muchísimo, también le di a ella y me lo ha reconocido. Siempre me han tratado muy bien y con cariño, a pesar de mi rebeldía. Yo guardo un entrañable cariño con la institución que me formó y con la que sigo teniendo mucho en común.

Sufrí también cuando se fueron los grupos Plataforma y Documento en el 71. Plataforma empezó con una reunión que se hizo en un Congreso Internacional en Roma. Los italianos, que eran los más rebeldes y politizados y conformaban un grupo muy particular, organizaron una reunión paralela al Congreso, para explicitar su plataforma, de donde toma el nombre el grupo Plataforma. Yo no había viajado al Congreso. Entre los argentinos que habían ido estaban Horacio Scornik y Nacho Maldonado, que eran muy amigos míos, los que llegan a Buenos Aires con la idea de crear Plataforma acá. Al principio nos reunimos todos juntos, era un grupo grande y durante un tiempo se discute en conjunto.

En un momento hay un conflicto con la Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica Argentina porque se intentó repartir un documento político del grupo sobre un hecho del momento, y la Comisión Directiva lo prohibió. Esto precipita la separación del grupo más orientado hacia la izquierda, y lo hace con el nombre de grupo Plataforma. En una reunión previa, Bleger, que había sido invitado especialmente, se molestó y abandonó la reunión diciendo que se quería partir la institución y que si lo hacían él la iba a partir en tres. Por suerte eso no pasó y él fue nuestro refugio después de la separación.

El resto del grupo, la mayoría adherentes, se siguió reuniendo en la casa de Pancho Bellagamba –después secuestrado y asesinado tres semanas después del golpe militar, por hechos que no tenían ninguna relación con el psicoanálisis–. Yo insistía en que eran ellos los que se querían ir, a lo que me contestaban que APA los quería echar al no darles lugar. A raíz de esto la mayoría renuncia a APA como Grupo Documento. Aldo Melillo leyó el acta de renuncia. En ese momento me enojé mucho con tres amigos íntimos porque la noche anterior me lo habían negado. El grupo Documento renuncia a primera hora del día siguiente, al conocer que el grupo Plataforma había renunciado. Plataforma los empujó a la separación, ellos no querían quedarse solos en la posición más enfrentada con APA. Para todos fue muy doloroso, pero yo quedé muy solo. Bruno Winograd era mi única compañía y él me lleva a un control con José Bleger, otro abandonado. Lo cierto es que yo me quedo en la institución y fue un momento muy duro para mí. No los entendí, sentía que no habían sabido explicarme el por qué se iban. Ahora entiendo ambas posiciones pero no justifico a los que denostaron y denigraron a las personas y a las posiciones que ellos mismos habían acompañado. Muchos de los renunciantes después se exiliaron. Recibí años más tarde una lindísima carta, importante, inteligente y afectuosa analizando la situación, el momento en que ésta se dio

y reconociendo el cambio que él había hecho en el exilio, aceptando que volvía a encontrarse con algunas viejas ideas sin renunciar por ello a muchas de las nuevas que había podido formar.

Después participo en el armado de las reuniones de lo que sería el grupo Cabello. Lo llamaron así nuestros propios colegas con el fin de individualizarnos. El nombre viene de la calle donde estaba la casa en la que nos reuníamos, la casa de Vicente Galli. No nació con la intención de formar un grupo cerrado ni con la idea de organizarlo como grupo. Para mí el Grupo Cabello significó la salvación –y eso que siempre he sido contrario a las teorías salvacionistas pues no creo en ellas– pero para mí sí lo fue puesto que yo estaba desolado. En Cabello reencontré un clima y una posibilidad de institucionalizar algo que no tenía cabida, en ese momento, en otra institución. Era un grupo de personas totalmente adecuadas y actualizadas con quienes podía compartir las ideas que querían impulsar, las cuales difícilmente hubiesen podido desarrollarse fuera de una institución –y desde ya nunca por mí–. No es fácil ejercer el psicoanálisis fuera de una institución, uno necesita un respaldo; tomo un ejemplo que daba Allan Castelnuovo –quizá no es bueno, pero es muy gráfico: “Un psicoanalista sin institución es como un vigilante sin una comisaría central que lo respalde”. No importa que, a lo mejor, no tenga que recurrir nunca a ella, pero es de la institución de donde parte esa seguridad y ese respeto que le van a atribuir en tanto autoridad. Detrás de un policía debe haber una institución que lo respalde y de la que él sea parte. Ya su uniforme es un símbolo que la representa. Ese uniforme para nosotros es nuestra forma de trabajo y son nuestras teorías.

Bastante después se forma el Foro, era el ‘73 o ‘74. Se hacía en la casa de Gilberto. Nunca me sentí cómodo y no pensé que ese podía ser un ámbito donde yo me desarrollara porque además tenían algunas ideas particularmente muy poco acordes con mi pensamiento radical y democrático, que tiene cierto grado de liberalismo, aunque progresista. En ese entonces ahí predominaban ideas que, para mí, estaban más cerca de un uso *light* del marxismo y no eran compatibles con cierta libertad individual, en mi opinión imprescindible para funcionar en cualquier actividad y fundamental para todo psicoanalista. Si uno se ata mucho a cualquier cosa –sea su propia teoría o su propia institución– lo hace en detrimento de su posición, capacidad y empatía como analista clínico.

Al Foro ampliado fui alguna vez que me invitaron. Pero nunca he sido muy partidario de las situaciones ampliadas en instituciones que tienen algún tipo de unidad conceptual, teórica o de formación, pienso que de alguna manera diluyen y le quitan rigor, sobre todo en la necesaria evaluación de los que se

forman. Se fomenta y se deja crecer pensamientos no rigurosos que atraen por su frescura pero terminan rebajando el nivel teórico conceptual.

Alicia Casullo: Del que sí has sido parte es del Grupo Independiente, como la mayoría del grupo Cabello. ¿Cuál fue tu participación en ese grupo y la importancia personal que éste tuvo para vos?

Antonio Barrutia: El Grupo Independiente viene del Grupo Cabello, pero era más amplio que Cabello. Todos los miembros del Grupo Cabello eran del Grupo Independiente porque no compartían las ideas de los otros grupos políticos de APA. Era un grupo político dentro de APA. Nosotros queríamos ser independientes, no queríamos formar un grupo demasiado conexo o que exigiera una doctrina particular, teníamos una afinidad y una manera común de ver las cosas. Para mí fue un grupo muy productivo y muy bueno, le debo mucho a Cabello y al grupo Independiente y sobre todo a las personas: Bruno Winograd, Vicente Galli, Augusto Picollo, Eduardo Issaharoff, Aurora Pérez.

Alicia Casullo: ¿Considerás de alguna manera al Grupo Cabello como un antecedente del surgimiento de SAP? ¿Cómo te explicás sus orígenes y cómo fue tu participación, tu rol en ese momento?

Antonio Barrutia: Sí, fue una de las raíces y un antecedente. De hecho, muchos de los que estamos aquí venimos de ahí. Había una gran dificultad para sentirse integrado y trabajar dentro de lo que eran los intereses en común de APA. Nosotros teníamos proyectos –los habíamos explicitado claramente– y se podían desarrollar dentro de APA, sin embargo se planteaban dificultades.

Estábamos en contra de todo tipo de fractura y también en contra de formar otra institución. Éramos “antirrupturistas”. Por otro lado, teníamos una idea bastante acabada de qué institución queríamos hacer, cómo hacerla, sabíamos que no queríamos que esa institución tuviese la masividad que tenía APA, ni que tuviera la falta de rigor en el control mínimo de sus integrantes que se estaba dando en APA.

No nos molestaba respetar ninguno de los niveles que IPA imponía y casi todos éramos partidarios del análisis de alta frecuencia puesto que nos habíamos analizado con frecuencia de cuatro o cinco horas por semana y habíamos tenido pacientes con la misma frecuencia. Yo soy de los que piensan que cuatro es mejor que tres, pero no tengo ningún inconveniente que se acepte que sean tres o cuatro pero que realmente se cumplan, puesto que habíamos visto que decían cumplir las cuatro sesiones sin hacerlo. Lo tenía-

mos muy claro y lo decíamos, lo cual producía mucho escándalo ya que de eso no se hablaba...

Esto no se pudo modificar dentro de la institución. El tamaño fue haciendo cada vez más difícil la comunicación directa y la formación grupal con cierta solidez, APA no quería renunciar a ese número, y estaba en su derecho a no hacerlo. Estábamos frente a una disyuntiva: sabíamos qué institución queríamos y sabíamos que podíamos hacerla. Surgió la pregunta, ¿por qué no la hacemos? Para nosotros era fundamental la transparencia, evitar la transgresión del secreto y la complicidad. No sé si la idea se le ocurrió a Bruno Winograd o a César Merea, pero uno de los dos pensó quién era la persona más parecida a sí mismo, con quien poder hablar sobre esta situación y se eligieron mutuamente. Al darse cuenta que ambos estaban de acuerdo –a pesar de haber sido siempre contrarios a la división– y que el momento podía ser el oportuno para crear una nueva institución, surgió la pregunta ¿con quiénes? Ambos analizaron que Vicente Galli y yo éramos las dos personas que más nos habíamos opuesto a las fracturas y que era muy parecida la institución que podíamos tener en mente. Sin embargo nos llamaron para que los convenzamos de no hacerla. En realidad simplemente dialogamos porque ellos no argumentaron a favor de hacerla y sin darnos cuenta nos convencimos de que se podía hacer, por lo tanto llamamos a Eduardo Issaharoff, quien fue el quinto para dirimir, y de ahí surgió la idea de crear la institución.

Esta es la idea que yo tengo, deberán disculparme algunos, y estoy dispuesto a aceptar que no fue fielmente así, si hubo algún matiz de diferencia, cosa que es factible porque en estas situaciones siempre hay matices de diferencia y porque quizá –por razones puramente de ubicación física– sintetizo mal mis recuerdos, que son tantos y tan diversos que confunden a todo el mundo y hasta a mí mismo.

Respecto de mi rol principal en ese momento de los orígenes... quizás, fue luchar siempre por tratar de no caer en ningún tipo de “discipulismo”, ni de centralismo. Siempre luché, justamente, por no autoidealizar la propia teoría para no caer en la falta de valoración de otras ideas por un error torpe de ignorancia.

Curiosamente a mí me inspiró, me dio y me enseñó mucho, un famoso artículo –para mí por lo menos– de Mimí Langer¹, una persona que siempre ha estado en la vereda de enfrente a la mía y con quien, por muchas razones

¹ Langer, M. (1971). *Psicoanálisis y/o revolución social* (pp. 257-269). En: M. Langer (Comp.), *Cuestionamos: documentos de crítica a la situación actual del psicoanálisis*. Buenos Aires: Granica.

chocábamos y nos llevábamos mal. Mimí había escrito un artículo sobre el tema en un momento de temores de ruptura institucional. Lo presentó en un simposio sobre la tendencia a la ruptura, muy interesante por las distintas posiciones que hubo, y allí Mimí comparó las asociaciones psicoanalíticas con el Partido Comunista, que tenía una tendencia a dividirse. Ella conocía perfectamente el funcionamiento del Partido y su artículo tiene cosas muy buenas, una de ellas es, precisamente, el tema de la idealización, que puede ser a los líderes, a la institución, a una teoría, a una idea... a estas dos últimas las valoró como peores.

Yo siempre he estado en contra de las rupturas por las rupturas mismas, siempre he estado a favor de la participación en instituciones y de la apertura de las mismas. Siempre consideré a IPA como un Foro. No estoy hablando de la conducción de IPA sino de lo atinente a la formación psicoanalítica en IPA. Más aun, siempre defendí algo difícil de instrumentar en aquel momento y que ahora lo tenemos en SAP, me refiero a la posibilidad de que el analizado elija no solo la institución en la que quiere formarse sino también al analista, que podía no ser de esa misma institución, siempre consideré que no había razón para exigirle un didacta de la misma institución. Fue una idea que tuve y defendí desde mucho antes que la adoptara SAP y considero que fui de los que más insistí por esa posición.

Alicia Casullo: Antonio, muchísimas gracias. Fue muy lindo compartir la intensidad con la que viviste y vivís las experiencias de la vida, la fuerza que ponés en muchos de tus relatos, que adquieren la capacidad de percibir el momento nuevamente, gracias por la cantidad de experiencias que fluyen con la misma intensidad que las has vivido, la memoriosidad que muestranaunque, como decís, puedan alterarse algunos datos, algunas fechas, alguna secuencia, pero tu presencia en esa historia sigue teniendo la misma actualidad.